



Los ahijados del Diablo



Rafael Tejeda de Luna

Facultad de Filosofía y Letras

El diablo continúa; avanza desde la reja del infierno hacia el caos, un no-lugar que separa el no-lugar del infierno de la realidad que es el cielo y el universo que de él depende.

Al dejar el caos, viaja hacia el universo mientras Dios observa su curso a través del vacío y comienza a preparar su respuesta.

Un fragmento de novela de tortura, hechicería y confesiones a la sombra de la colonia

Jeffrey Burton Russell,
El príncipe de las tinieblas.

En la Villa de Monclova, a los veinte días del mes de octubre de mil setecientos treinta y dos, a los ochenta y tres años de edad, siento que las fuerzas me abandonan para brindar tributo al Dios Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, y haciendo la señal de la Santa Cruz, me encomiendo a Nuestra Señora de Guadalupe, nombre que llevó alguna vez, allá por 1674, mi querido terruño de Santiago de Monclova, hasta que en 1689 cambió su nombre por el que lleva actualmente, en honor de Santiago de León Garabito, Obispo de Guadalajara, y de Melchor Porta Carrera Losa de la Vega, Conde de Monclova, aunque mucho antes, por 1580, un portugués llamado Luis de Carbajal y de la Cueva hizo la

primera fundación de Monclova, a la que llamó Almadén.





Me permito escribir estas líneas como advertencia a las futuras generaciones sobre la existencia de seres malditos que venden su alma por cuotas terrenales.

He aquí la mayor anécdota de mi vida. Habiendo sido nombrado Notario Alguacil Mayor por el Virrey y la Real Audiencia de la Nueva España en la Provincia de Coahuila en 1711, presidía casi todos los interrogatorios a que eran sometidos los acusados ante el Santo Tribunal de la Inquisición. No soy nadie para juzgar los métodos de esa Institución; el mayor juicio lo tendrá que dar Dios todopoderoso que vive y reina por los siglos de los siglos. Lo que sí puedo decir es que hubo un caso en que si no hubiera intervenido ese Santo Tribunal, muy probablemente la Villa de Monclova sería ahora una tierra maldita, junto con sus habitantes, los cuales serían poseídos por demonios comandados por el triunvirato de Luzbel, Satanás y Belcebú.¹

Sucedió que cierto día de noviembre, cuando las lluvias son esca-

sas y el viento prevalece en dirección al noreste, levantando las arenas del semidesierto para cegar los ojos de los cristianos, en la Capilla de la Purísima, erigida en 1675, un borracho que no se le puede más que llamar zángano; el cual había esperado se acabara la misa y saliera la gente para subir al púlpito, en presencia de los que se habían quedado para meditar el sermón del sacerdote, entre ellos dos mujeres, dirigiéndose a ellas en torno de sermón, les dijo:

—Hijas de la caridad que han sido redimidas con el pulque, no bebáis en taja ni en jarro, sino en vasija, la verdadera sangre de Jesucristo que es el pulque.

Inmediatamente fue detenido por orden del Alcalde Mayor y presentado ante el Señor Comisionado Inquisidor de Monclova, Fray Luis Bárcena y Tuisanno, para que tomara providencias en el asunto.

Este ebrio, que de oficio tenía el de aprendiz de zapatero, pidió disculpas de lo que había dicho por estar alcoholizado. Hace 65 años, cuando yo era niño, la Inquisición exponía públicamente a los borrachos con el tormento de "La Picota en el Tonel" para que éstos sufrieran los vituperios de la comunidad. Era un buen método. En un tonel cerrado por un lado, se introducía al embriagado; previamente, se colocaban orines y estiércol o simplemente agua podrida, después se paseaba el tonel por toda la Villa para lección del pueblo. Pero para 1705, las cosas habían cambiado, la libertad de un borracho se podía cambiar por un poco de información. Eso fue exactamente lo que hizo este ebrio. A cambio de su libertad, propuso al Comisionado de la Inquisición comentarle sobre una mujer sospechosa de hechicería, la

cual se relacionaba directamente con muchas muertes. Al Comisionado le pareció interesante la propuesta, así que la aceptó. El borracho acusó de hechicería a una mujer llamada Brígida, quien sospechosamente salía todas las noches de su casa.

Por lo anterior, se tuvo que abrir una nueva investigación, dándose por concluido "El caso del borracho del púlpito de la Capilla de la Purísima".

Una vez detenida la viuda Brígida de Francisco Parreño, mujer que en verdad parecía bruja, se le pidió que confesara; ella se negó e insultó al inquisidor, diciéndole:

—Usas falda porque eres una perra, ¡cura de mierda!

Realmente parecía poseída; nunca antes, en ningún caso de la Inquisición en los que estuve presente, había visto a un ser tan endemoniado como esta hechicera. El inquisidor le volvió a pedir que confesara. Ella se rió como loca. Luego, escupió lo más lejos que pudo tratando de atinarle a cualquiera de los presentes, después

invocó seis veces el nombre de Herodes y le pidió ayuda. El inquisidor, que era un hombre paciente, ordenó que apareciera el enmascarado ejecutor. Le volvió a exhortar que confesara. Respondió orinándose mientras decía:

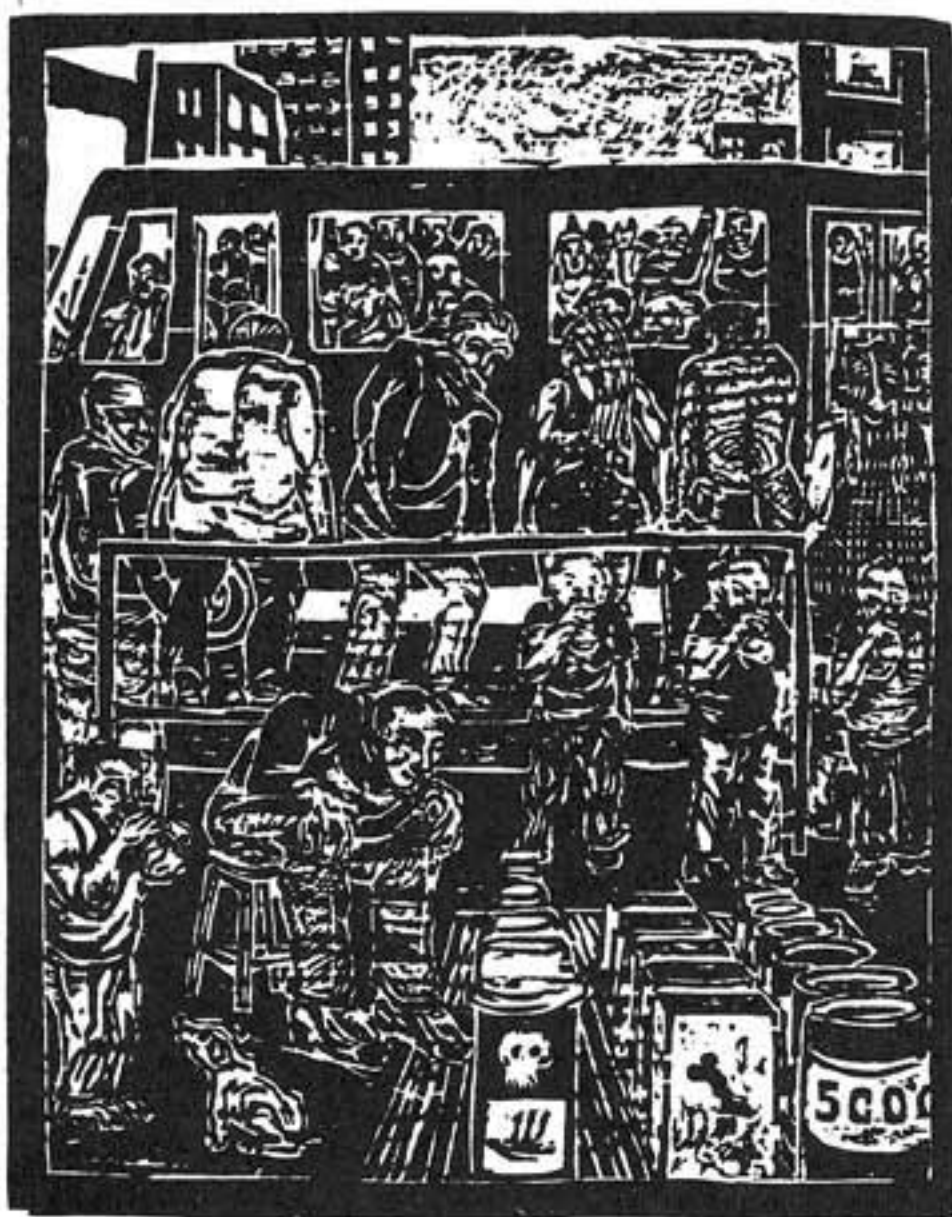
Nunca había visto a un ser tan endemoniado como esta hechicera

—Beban que es vida eterna, es la verdadera sangre de Cristo.

Ante tal actitud, se procedió a la tortura. Ésta se realizaba parsimoniosamente, con la mayor lentitud, como un buen concierto de piano, con calma extrema, con todo el tiempo del mundo, con el objetivo de alcanzar el efecto deseado.

La rea fue sometida por la fuerza bruta, se le desnudó y colocó en una especie de bastidor, que se llama "escalera", con travesaños afilados, su cabeza quedó más baja que sus pies, en una cubeta de hierro agujereada, asegurándola en esa posición a través de una cinta que también es de hierro. Se le forzó a abrir la boca para meterle una toca o paño hasta la garganta, con el fin de obligarle a tragar agua que se vertía muy lentamente de un jarro. La severidad de la tortura varía de acuerdo con el número de jarros empleados. Con esa hechicera se usaron seis jarros de agua, durante dos sesiones de tormento; es decir, tres en cada sesión. Aún así, no confesó. Por el contrario, estaba más poseída y endiablada que nunca. En la tercera sesión, en el mismo día, una vez que todos los intentos con la "toca"





fueron inútiles, el Comisionado de la Inquisición ordenó el uso de "las tenazas" para arrancarle los pezones a la rea. Cuando las tenazas desprendieron el primer pezón, el grito de dolor de esa mujer hizo que las sienes de mi cabello se tornaran blancas. Con chillidos y dolores decía:

—¡Luzbel! ¿Por qué me has abandonado? ¡Envíame a tus hijos de la noche! ¡Ayúdame! Chupen la sangre de estos curas.

Cuando se iba a continuar con el segundo pezón, la rea gritó:

—¡No más!, confesaré todo, pero no más.

Los que estuvimos en su declaración quedamos aterrados. Nos dijo que era hechicera y custodia de los muertos-vivientes; que hacía once años que su maestra Francisca, la india de la Misión de Santa Rosa, la había convencido y llevado a la iglesia vieja donde se encontró sentado al demonio en una silleta; se había transformado en un hombre blanco, vestido de negro, parecía un mortal común y

corriente. Francisca habló con él:

—Aquí te traigo a esta mujer que te quiere servir y adorar. Desea negociar su alma a cambio de que le enseñes el arte de la hechicería.

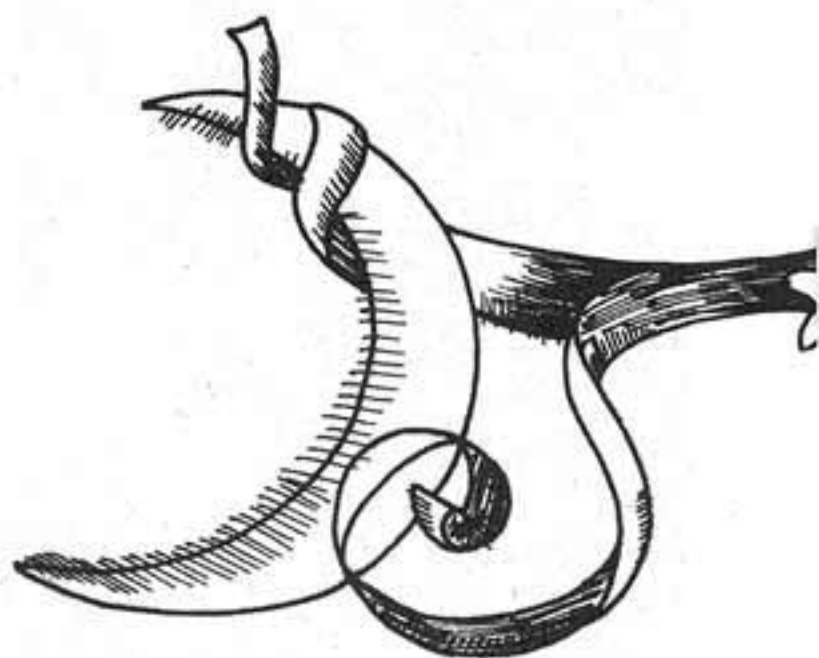
El demonio le contestó con una voz grave y lejana, como de ultratumba, que primero había que hacer la escritura de su alma para toda la eternidad. Sin embargo, Brígida sólo se la concedió para trece años. El diablo aceptó. Sacó de un pedazo de cuerno negro, un palo de carbón de una cuarta de largo, y de una bolsa, un pedazo de papel blanco en el que es-

cribió lo siguiente:

"Brígida, viuda de Francisco Parreño, entrego durante trece años, por propia voluntad, mi alma al ángel caído que lleva por nombre Herodes, a cambio del conocimiento de la hechicería y de custodiar a los ahijados terrenales de Luzbel".

Después le pidió que firmara, pero Brígida le contestó que no sabía cómo hacerlo; que él firmara por ella. Luego, el demonio le dijo:

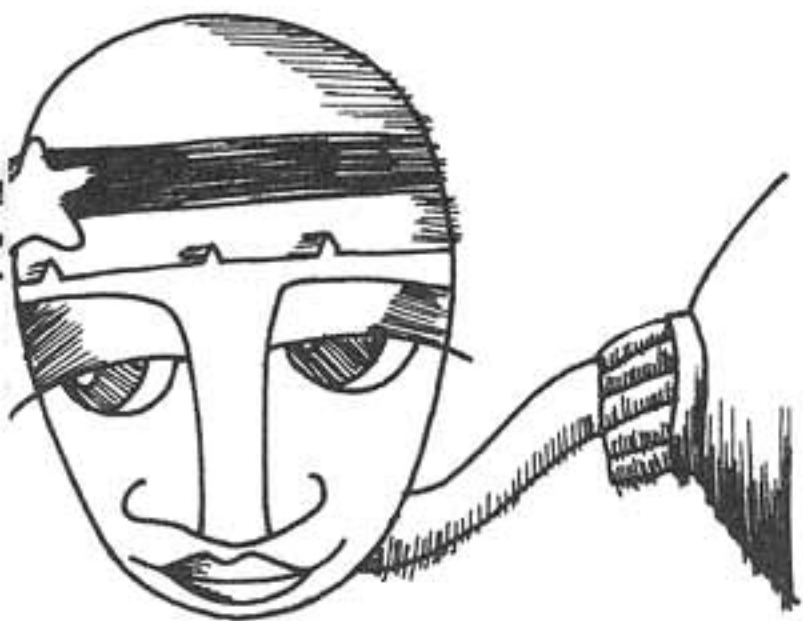
—Ahora has de negar al Hijo de Dios, al Hombre-Dios y a Su Madre,





la Mujer Enlutada. Solamente adorarás al triunvirato de Luzbel, Satanás y Belcebú. Únicamente Luzbel es dios y rey, sólo él puede darte todo lo que quieras. Yo me llamo Herodes, cuando necesites ayuda, repite mi nombre seis veces e iré en tu auxilio.

Ella creyó en él, lo adoró como su fuera un dios y le pidió el conocimiento de la hechicería. El ser maligno le dijo que su maestra le enseñaría



en su casa a quiénes y cómo debería cuidar durante trece años; luego le dio un atado con polvos bayitos, colorados y palitos que se debían combinar con lagartos, gusanos, culebras, sapos y dolor humano, para maleficar a las personas que la agraviaran.

Días después, como a eso de las ocho de la noche, Francisca, la india, llevó a doña Brígida a su casa, la cual se encontraba como a seis cuadras del Hospital Real. Guió a Brígida hacia una puerta de madera que daba al sótano, la cual tenía una inscripción: "Nolite Judicare", que en castellano significa "No Juzguéis". Prendieron un candelabro y cerraron la puerta, bajaron las primeras escaleras, abrieron una segunda puerta que guardaba la entrada a un cuarto donde se encontraban seis sarcófagos.

—Estás a punto de conocer uno de los más grandes secretos de nuestro amo, —exclamó Francisca, mientras levantaba la tapa de uno de los ataúdes. Brígida gritó de miedo, ya que en la caja mortuoria había un cadáver en perfecto estado, no se percibían olores raros ni se veían insectos; el muerto era un hombre mestizo, como de 40 años, de barba y cabello negro. Cuando éste abrió los ojos y se levantó de su sarcófago, Brígida saltó a dos metros de donde se encontraba, mientras gritaba como loca; tal fue su grito que Francisca tuvo que agarrarla con fuerza, cachetearla y gritarle que se callara. Esto duró por unos breves segundos.

El hombre, quien se había levantado, trató de agarrar a Brígida pero Francisca lo detuvo gritándole, al tiempo que movía los brazos en señal de reprobación:

—¡No, no!, ella es la nueva guardiana; así lo ha dispuesto el amo.

El hombre paró sus acciones e inmediatamente salieron de sus ataúdes los demás muertos-vivientes. Brígida volvió a gritar y Francisca

volvió a calmarla con su método efectivo. Una vez que se habían tranquilizado las cosas, Francisco dijo:

—Brígida, este es Manuel Joseph Calderón, señalando al primer cadáver que se había levantado; el de la esquina, de cabello cano, es Bernardino de Arizaga; las mujeres que ves son Antonieta Cipriana, Gregoria de Cayetano y las hermanas Lucrecia y Lorenza Cadena. Todos ellos son ahijados de nuestro amo y señor. Duermen durante el día y salen en la noche para alimentarse con sangre. La sangre es el elixir de la vida. Ellos necesitan vida. Su labor, es chupar la sangre de los animales o humanos. No pueden beber sangre de muertos, ni



ver la luz del sol; tampoco pueden tocar nada que esté bendito, porque en cuestión de segundos se volverían cenizas. Tu deber es protegerlos durante su sueño. No deberás contar

nada de esto a nadie. Siempre mantendrás cerradas las puertas, y deberás abrirlas durante la noche para que puedan conseguir su alimento. ¿Tienes alguna pregunta?

Nerviosa como estaba, Brígida se atrevió a preguntar por qué no hablaban ellos.

—No pueden —respondió la india—, pero te entienden perfectamente; mientras les seas leal serán tus protectores de la noche, jamás te harán daño, pero si llegas a traicionarlos sufrirás tormento eterno.

—¿Qué fue lo que le ofrecieron a nuestro amo para estar así?

—El negocio del amo son las almas; ellos ofrecieron sus almas a cambio de la inmortalidad. Como ejemplo, Joseph nació en 1639; míralo, parece de 40 años. Lucrecia y Lorenza, tú las conociste; todos en la Villa saben que desaparecieron hace 19 años, y míralas, están igual de jóvenes y hermosas como cuando tenían 14 y 16 años.

—¿Qué harás tú?

—En dos noches de luna llena terminaré de arreglar unos asuntos pendientes en esta vida, entonces podré unirme a ellos para gozar de la eternidad. Tu serás la encargada de cuidarnos desde ahora. Mi casa pasa a ser tu casa.

Y así fue durante once años. Ella cuidó y guardó a esos seres malditos, mientras la población de Monclova era diezmada; se creía que la causa eran los murciélagos.

Por otro lado, a las personas que parecían sospechar algo, Brígida les hacía algún maleficio y desaparecían sus problemas. Tal fue el caso de Juana de la Serna, quien se dio cuenta que a ciertas horas de la noche, salían, al parecer, flotando hombres y mujeres de la misteriosa casa, y regresaban antes del amanecer bañados en sangre. A esta persona le hechizó con un pedazo de calabaza y doña Juana

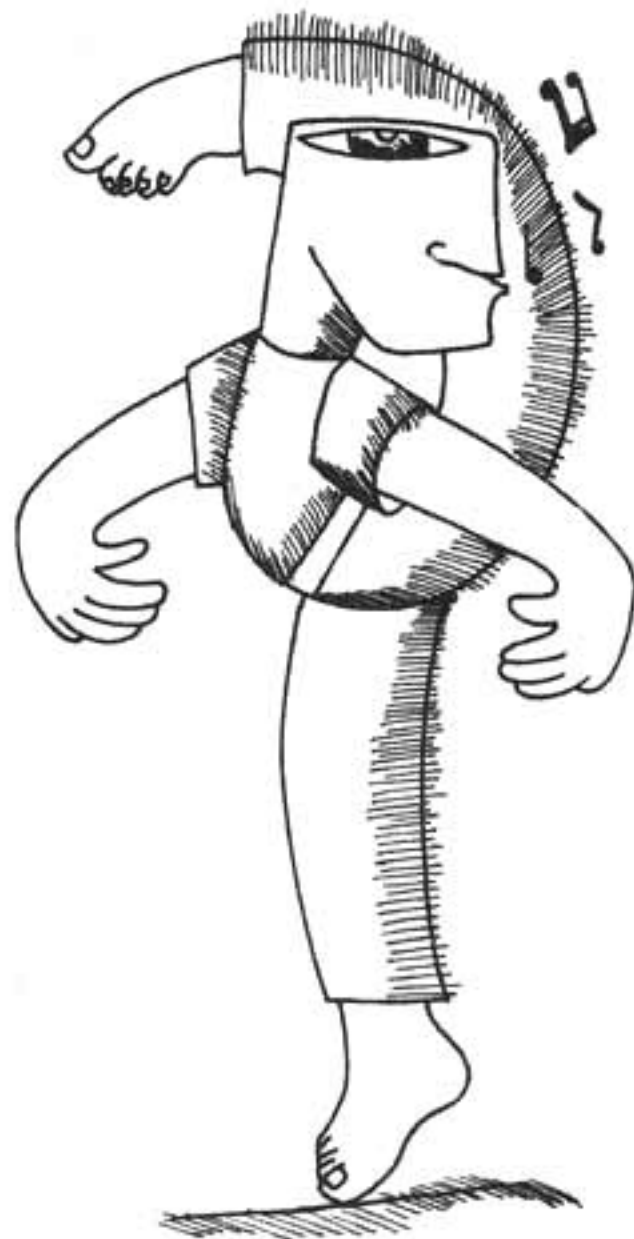
murió antes de que pudiera denunciar lo que había visto. Otro caso fue el de la curiosa viuda de Córdoba, llamada Lucía de Córdoba; ella empezó a hacer demasiadas preguntas sobre la casa, visitaba constantemente a Brígida, con la esperanza de sacarle algo. Un día, Brígida la invitó a comer a su casa, le dio un caldo de pollo, le dijo que le serviría para dormir tranquila. ¡Ay!, ¡Pobre de Lucía! No sabía la que le esperaba. A los pocos días cayó enferma, durando así tres meses a causa de un bulto del tamaño de un puño, que se le formó debajo de la axila del brazo derecho; pero eso no fue todo, su muerte fue tremenda. Al poco tiempo de aliviarse del maleficio, cierta noche que dormía tranquilamente, se oyó un grito escalofriante en su habitación. Su hija, que cuidaba de ella y que dormía en la habitación contigua, inmediatamente se levantó de su lecho para investigar lo que pasaba. Sorpresa, llanto y dolor traspasaron su corazón, la niña de 12 años encontró a su madre muerta, con hilos de sangre que brotaban de su pierna derecha, del brazo izquierdo y cuello.

Pero volviendo al tema de la confesión de la hechicera doña Brígida, el Comisionado de la Santa Inquisición de Monclova, primero, ordenó se le cortara la lengua a la hechicera para que no pudiera pedir ayuda al diablo; segundo, la encerró provisionalmente en la cárcel de la Villa hasta que fuera trasladada a la Ciudad de México para ser quemada en leña verde, y, tercero, solicitó ayuda al Obispado de Guadalajara para que mandara religiosos que tuvieran experiencia en exorcismos.

A los pocos días, el Alcalde Mayor de la Villa ordenó a la población no salir de sus casas hasta nuevo aviso. Los soldados, que rodeaban la casa de Brígida desde hace varios

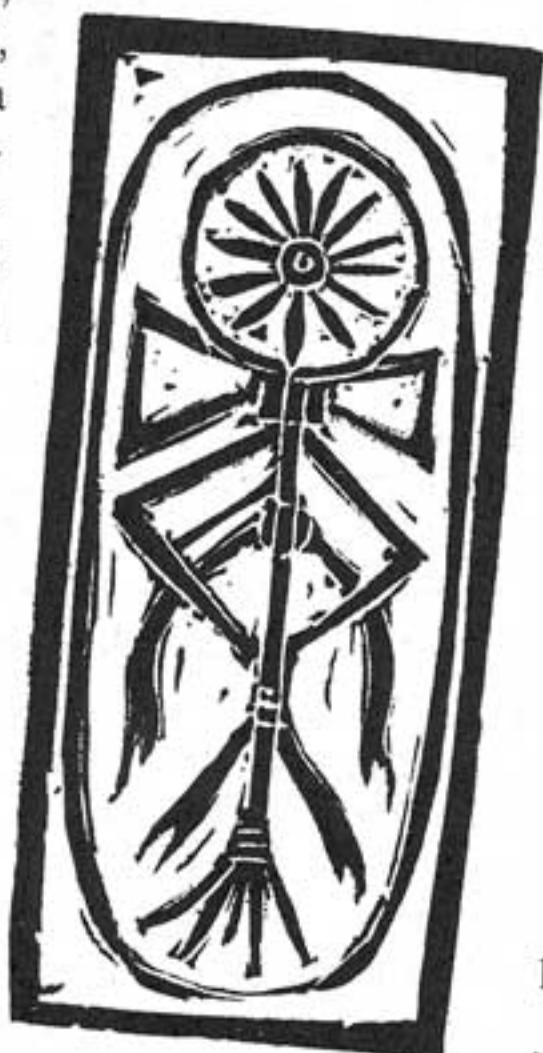


días, escoltaban a los inquisidores, quienes llevaban cubetas de agua que había bendecido el Obispo de Guadalajara, un cirio pascual, crucifijos y un Sagrario, todo con un solo fin, destruir a esos seres del diablo. Después de unos minutos, todo estaba consumado. Habían aprovechado la mañana, que es cuando duermen esos seres chupa sangre, para abrir un agujero gigantesco que permitiera que entrara la luz del sol al sótano; además inmediatamente que se abrió un ataúd, era bañado el cadáver con el contenido de las cubetas; por último, quemaron la casa. El lugar fue exorcizado por varios días. La iglesia



de San Francisco, construida en 1700, servía ahora para rezar ininterrumpidamente por el alma de las víctimas de los ahijados del diablo.

A la mañana siguiente, Brígida había desaparecido de la cárcel. Sólo se encontró en su prisión un hombre al que le habían chupado la sangre. El soldado que estaba de guardia, Pedro Manuel Vera, declaró ante el



cargo de juramento. Firmándolo Don Juan José María de Castilla y Rioxa, y ante mí, el notario, Don Francisco de los Ríos, puedo morir en paz.



Nota

¹ Los demonios son los mayores imitadores de Dios, siempre procuran imitarlo en todo para parecerse a él, pero en sentido negativo. Es por eso que, al existir la Santísima Trinidad, formada por Dios-Padre, Dios-Hijo y Dios-Espíritu Santo, los seres malignos, que no son otra cosa que ángeles caídos, gobiernan el infierno a través del triunvirato infernal formado por Luzbel, como diablo mayor e imitación de Dios-Padre, Satanás como imitación de Dios-Hijo y Belcebú como imitación de Dios-Espíritu Santo ●

Ordenaron que se le cortara la lengua a la hechicera

Comisionado del Tribunal de la Santa Inquisición que a la media noche, fue un hombre que había pedido ver a la rea, el cual se parecía al aprendiz de zapatero de la Villa, se le acercó y lo golpeó con un marro en la cabeza y que estando aturdido por el golpe, le pareció ver a una mujer que salía de la cárcel flotando.

Una vez leído este testimonio de Verbo ad Verbum, palabra por palabra, con

